

También para recordar. La penúltima crónica

El capítulo ha terminado. Hoy domingo, cada uno vuelve a su casa y sus ocupaciones. Los documentos importantes, las ordenanzas, serán publicadas próximamente por la Casa General. Sin embargo hay alguna otra cosa que no va a alcanzar el papel impreso, pero que merece una breve reseña:

Las lenguas del Instituto. Todos los Hermanos podemos entendernos en cuatro lenguas. En orden de importancia, de acuerdo al número de Hermanos que las hablan, son francés español inglés y portugués. Muchos Hermanos, sobre todo del continente africano, tienen además la lengua nacional o local con la que se expresan cotidianamente. Durante el capítulo hemos contado con un grupo de traductoras (siempre había al menos cuatro en las cabinas de traducción) que han hecho su trabajo con solvencia y profesionalidad. Están habituadas a trabajar para comunidades religiosas, por lo que les resulta más fácil adaptarse a esta jerga especializada que empleamos para referirnos a nuestros documentos y a nuestra propia vida.

La comida. Como recomendaban las antiguas reglas, las de la tapa negra, la comida durante el capítulo ha resultado sencilla, variada y bien condimentada. Los desayunos abundantes, al estilo americano, con huevos y bacon suficiente para no echar nada en falta durante el resto del día. En las comidas y en las cenas, el plato estrella ha sido la pasta, spaguetti, tagliatella, fettuccine, tortellini, ravioli, con una ambrosía de salsas de sabores y olores de la tierra, donde casi nunca falta el orégano, tan querido a la cocina italiana, carbonara, a la gricia, alfredo, boloñesa.

El deporte. Hemos tenido el número suficiente de Hermanos jóvenes para armar un partido de basket. Pero no se han presentado en la cancha. Así que el deporte rey ha sido la petanca, popular sobre todo en el grupo de los francófonos. Los Hermanos de Madagascar, gente jovial y directa, han sido los grandes animadores del campeonato. El juego, como debe ser, el mejor momento para hablar de otras cosas, compartir y disfrutar juntos de la alegría espontánea. Por otra parte, a escasos minutos caminando desde la casa general está el parque de la Villa Doria Pamphili, el parque urbano más grande de Roma. Sus 184 hectáreas han servido de espacio de caminata y sosiego para muchos hermanos que han buscado sus caminos y sus sombras, a la hora de la siesta o después de las largas jornadas de sesiones.

El turismo. Las sesiones del capítulo se han extendido, de lunes a viernes, durante cinco horas cada día. Los fines de semana, cada cual, de acuerdo a sus gustos, los ha dedicado al descanso o al turismo. Los turistas de Roma forman parte del paisaje. Las aglomeraciones en los alrededores de los lugares de interés son ahora inabarcables. Encontrar una entrada para los Museos Vaticanos o para el Palacio Borghese se ha demostrado tarea imposible. Los romanos parecen llevar esta invasión con estoicismo y hasta cierta reivindicativa cortesía. De todas maneras, Roma sigue conservando esa aura de vieja ciudad esplendorosa. Puedes detenerte en el lugar más inesperado

y sentirte vencido por tanta belleza mezclada con lo cotidiano, sentarte por la tarde en la plaza del Capitolio, cuando ya han cerrado los museos y se han ido los turistas, y sentir que el cuerpo presente de Marco Aurelio y el espíritu constante de Miguel Ángel te vuelven a centrar en el sentido del alma más profunda del hombre.

Los jardines. Los jardines de la casa general lucen esplendorosos. Cada jueves, aparece una brigada de jardineros, pertenecientes una empresa contratada, que dejan todo como los chorros del oro. Podemos presumir de unos soberbios ejemplares de pino romano, que según cuenta la tradición llegaron a Roma de manos de los etruscos y como tales, están tan protegidos como en España el lince ibérico, o más. Hay también variedad de palmeras, laureles, algunos frutales y otras especies que señalan los hitos de un césped bien cuidado, impecable. Las flores de temporada ponen la nota de color a este paraíso natural que rodea la casa.

El alcanforero. El último día de sesiones, el viernes 31 de mayo, nos reunimos para hacer una oración alrededor de un árbol de alcanforero, que se había plantado esa misma mañana. El alcanforero es el primer árbol que floreció tras el bombardeo de Hiroshima. Se le llama el árbol de la vida, no solo por eso, sino porque algunos ejemplares se dice que llegan a vivir hasta los 1000 años. Una buena metáfora para un capítulo general dedicado a la esperanza.

.